

orgullosa justifica la ira y hace despreciar á los demás: y yo vengo á enseñaros en mi persona con mis palabras y ejemplos á ser dulces y humildes de corazon. El sentido humano y el amor propio decian: Amad á los que os aman, haced bien á los que os hacen bien, humillad á los que se elevan sin motivo, y destruidlos si redundan en menoscabo vuestro: y yo vengo á deciros: Amad á los que os aborrecen, haced bien á los que os hacen mal, rogad por los que os persiguen y calumnian, perdonad de corazon, y remitid á Dios vuestra venganza. La filosofía habia declamado, es verdad, contra estas pasiones que deshonoran enteramente al hombre y le tiranizan, pero perdonaba las mas perniciosas y perversas: y yo vengo á enseñar á todos los hombres, que despues de haber renunciado la impiedad de los ídolos deben renunciar las pasiones de este mundo, comenzando por las espirituales, como mas malignas en sí mismas y origen de otras. El mundo decia al hombre: Goza dulcemente de tus dias, de mis bienes, y de cuanto hay en mí que pueda hacer la vida deliciosa: y yo vengo á destruir este gozo y deleite en las cosas del mundo: yo os predico privaciones, mortificacion, penitencia para salvar vuestra alma de la ira futura; esfuerzos, violencias para arrebatarse el reino de los cielos. Este es mi Evangelio.

Si habeis querido entender esto, lo habeis entendido todo, hermano mio. ¿De qué nos servirá haber conocido á Jesucristo por Hijo de Dios y Dios verdadero, si las verdades de su Evangelio no son bien creidas y mejor practicadas; si negamos su doctrina con vuestras costumbres; en una palabra, si creyéndonos cristiaños, vivimos como paganos?

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

### TERCERA PARTE.

## ADVERTENCIAS É INSTRUCCIONES Á LOS PECADORES ENDURECIDOS

PARA EXCITARLOS Á CONVERTIRSE:

Y TAMBIEN A AQUELLOS QUE MANIFIESTAN TENER

VOLUNTAD DE HACERLO.

### 1.

SOBRE DILATAR LA CONVERSION PARA LA MUERTE.

Oid lo que Dios dice á los pecadores endurecidos en las santas Escrituras: *No dilateis convertiros al Señor, no lo dejeis de un dia para otro; porque su ira vendrá de repente, y os perderá en el dia de la venganza. (Eccli. v, 8). Convertios al Señor, y dejad vuestros pecados: ofrecedle vuestras oraciones, y apartaos de cuanto pueda seros ocasion de pecar. (Id. xvii, 21). Volved á entrar en vuestro corazon, violadores de mi ley: reconoced que yo soy Dios, y que no hay otro Dios sino yo, que no tengo semejante. Escuchadme, corazones endurecidos, vosotros que estais retirados de la justicia: yo he callado hasta ahora; pero ahora clamaré como mujer que está de parto; lo destruiré todo, y lo aniquilaré. (Isai. xlvi, 8, 14).*

Escuchad las palabras terribles que Dios dice á los pecadores que no se convierten á él sino cuando sienten acercarse la muerte: *Yo os he llamado, y no habeis que-*

*rido oirme: he alargado mi mano para ayudaros, y no he encontrado quien haya levantado á mí sus ojos. Habeis menospreciado mis consejos: os habeis burlado de mis correcciones. Yo me burlaré tambien de vosotros en el dia de vuestra muerte, y os insultaré, cuando os sucediere lo que temeis: cuando la desdicha os sorprendiere de repente, y la muerte cayere sobre vosotros como una tempestad, y cuando os halláreis oprimidos de males. Entonces me llamarán, pero yo no los escucharé: me buscarán con apresuramiento, y no me encontrarán; porque han aborrecido la instruccion, y no han abrazado el temor del Señor. (Prov. 1, 24).*

Los santos Padres han hablado tambien con mucha eficacia del peligro que hay de dilatar el convertirse á Dios hasta el fin de sus dias. San Cipriano dice, *que no es el dolor que el pecador tiene de su mala vida el que le mueve á recurrir á los ministros de la Iglesia, sino la idea de la muerte que le persigue; y que quien ha vivido sin pensar en morir, no es digno de recibir el consuelo de ser absuelto en la muerte. (S. Cypr. epist. L ad Antonian.).*

San Agustin dice: *Que la penitencia que quiere hacer un moribundo es muy débil, y temo mucho que la que pide un moribundo, léjos de sanarle, le mate ella misma. Así, el que quiere hallar la misericordia de Dios, haga penitencia en este mundo mientras que está bueno, para no estar enfermo en el otro. (S. Aug. serm. LVII de Temp.). Si alguno, dice este mismo Padre, pide ser recibido á la penitencia en lo último de su enfermedad, y se le concede, de manera que recibe la absolucion y muere poco despues, confieso que no le negamos por entonces lo que pide, pero tampoco presumimos que muere en buen estado. (Id. homil. XLI inter 50).*

La razon es clara: porque hay justo motivo de desconfiar de las conversiones que se hacen en la hora de la muerte, porque es entonces difícil tener dolor de sus pe-

cados por otro motivo que de puro temor; y por otra parte comó se han conservado hasta entonces las malas costumbres, no es cási posible aborrecer de pronto lo que nos ha agradado toda la vida.

Se puede, me diréis, convertirse uno en la hora de la muerte; basta solo querer: ¿y el querer es cosa tan difícil? Si: es difícil y muy difícil. Vosotros mismos nos dais la prueba de ello; vosotros que no cesais de decir que quisiérais dejar vuestra mala costumbre, pero que no podeis, todos los dias alegais por excusa de vuestros desórdenes vuestra flaqueza é imposibilidad. Pues lo que es muy difícil en un estado de vigor y de libertad, es moralmente imposible en un estado de opresion y de flaqueza. Una voluntad arraigada en el mal por muchos años, ¿cederá á los primeros deseos de una voluntad reciente? La conversion sincera debe obrar una mudanza de pasiones, debe trocar al hombre enteramente; y esta mudanza no es cási posible en la muerte: no es tan fácil convertirse sinceramente, como decir: *Pequé, mi Dios.* Un corazon habituado á seguir en todo sus inclinaciones, un alma siempre alimentada de los deleites carnales y de las delicias de la vida, ¿se inflamará de repente con el deseo de unos bienes eternos que apenas cree? Porque en verdad, para querer verdaderamente, no basta decir que se quiere; ni el ceder por fuerza al tiempo y acomodarse con una circunstancia precisa, es consentir del todo, ni hacer lo que se habia querido hacer hasta entonces; pues ni ahora se quisiera aun hacer, si no fuera por estas espantosas circunstancias; y con igual facilidad se retractará el buen propósito luego que desaparezca el peligro, y se salga de la enfermedad: todos los dias se ven muchos ejemplos. Esta no es voluntad, sino necesidad; no es una accion libre, sino una

violencia que el hombre padece. En una palabra, como lo decide formalmente santo Tomás, lo que no se quiere sino por razon de las circunstancias, no es mas que una apariencia de voluntad; y una apariencia de voluntad no es voluntad á los ojos de Dios. Esto es, dice san Agustín, no una disposicion que forma el amor, sino una accion á que obliga el temor. Del mismo modo hablan los demás Padres de la Iglesia. Las verdaderas conversiones en los últimos momentos son prodigios que se deben admirar, no reglas sobre las cuales se deba contar. San Ambrosio dice: Apenas de cien mil que parecen movidos á compuncion en la muerte, hay uno que se convierta verdaderamente. Y lo mismo san Jerónimo: *Vix de centum millibus unus*. Será una conversion de teatro, dice san Juan Crisóstomo: *Larvalis penitentia*.

Aun mas: Dios ha declarado que no oirá á los pecadores en la muerte. Ellos recurrirán entonces á mí, y yo los desecharé y no los escucharé: *Tunc invocabunt me, et non exaudiam*. (Prov. 1, 28). En medio de las congojas de la muerte, perdidos y asustados, imploraréis mi clemencia, y yo, cuando os sucediere lo que temeis, me reiré de vuestros espantos, y haré burla de vuestra desgracia: *Ego quoque in interitu vestro ridebo, et subsannabo vos, cum vobis id quod timebatis, advenerit* (v. 28). Ved la razon de esto: Porque os habeis burlado siempre de mis amenazas y de mis castigos: *Eo quod detraxerint universæ correptioni meæ* (v. 30). Porque yo os he llamado y os habeis negado á oirme: *Quia vocavi, et renuistis* (v. 24). Teneis el ejemplo de Antíoco. Este impío, herido de una llaga horrible, entra dentro de sí, reconoce la justicia de un Dios vengador, en la muerte implora la misericordia divina con grandes voces y amargas lágrimas, pero se le niega: la Escritura santa lo dice. Este

malvado rogaba al Señor, de quien no alcanzaria misericordia: *Orabat hic scelestus Dominum, à quo non esset misericordiam consecuturus*. (II Mach. ix, 13).

2.

## SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Haceis cuenta de tener tiempo de convertirlos, y la gracia para ello; pero os engañais. Por lo que hace al tiempo, es una ilusion: ni se nos ha prometido, ni se nos debe. Dios debe al contrario quitarnosle segun justicia: es querer experimentar en vos mismo lo que habeis visto y quizá lamentado en otros muchos. ¿Se ve otra cosa todos los dias? La juventud, la salud, los remedios son débiles recursos contra la muerte, y mas contra una muerte repentina, cuando Dios quiere castigar el desprecio que hacemos de los avisos que nos da sobre esto en su Evangelio. *En la hora que no pensaréis*, dice el Hijo de Dios. ¿Y no ois frecuentemente decir: Fulano ha muerto de repente? Id á casa de vuestros vecinos, hallaréis de esto muchos ejemplos, y tal vez en vuestra propia casa. Pues si estais en estado de condenacion, ¿cómo dilatais el preveniros contra los asaltos de la muerte con una conversion pronta? Confiais tener tiempo para ello, pero lo dejais para cuando ya no habrá tiempo. No se sabe cómo empezar, cuando se ha dilatado por tanto tiempo. En la hora que no pensaréis el Hijo del Hombre vendrá; ¿y cómo pareceréis delante de él? ¿en qué estado quereis caer en sus manos? ¿quereis morir sin haber hecho penitencia de vuestros pecados? ¿quereis morir en proyectos vagos de una vida cristiana? ¿quereis caer en manos del justo juez, del Dios á quien estais ofendiendo tanto tiempo? ¿quereis morir en vuestro pe-

cado, y caer de un golpe en los fuegos eternos? Dilatando todos los dias vuestra conversion, correis todos los dias este peligro. Estais pendiente sobre el infierno de un hilo delgado, que mil accidentes pueden romper: ¿y no obstante contais que todo os está asegurado por una larga vida?

Pero aunque estuviéseis asegurado de la vida, ¿estais asegurado de la gracia? ¿estais asegurado de Dios? No os burleis de Dios, dice san Pablo; y vosotros os burlais de él abiertamente. No se menosprecien así, dice este Apóstol, las riquezas de la bondad divina; y vosotros las menospreciáis tanto tiempo há. Contais sobre una paciencia infatigable, y Dios está, puede ser, cansado de sufrir vuestra tardanza: *Laboravi sustinens*, os dice por un profeta. (*Jerem. vi, 11*). ¿Y qué quieren decir las palabras de san Agustin tan repetidas en los libros? Es justo que no pueda obrar cuando quisiere, aquel que no quiso obrar cuando podia. ¿Qué quieren decir aquellas palabras de la Escritura tan sabidas: *Clamaréis á mí, y no os oiré: me reiré y os insultaré, porque habeis menospreciado todos los medios de conversion que yo os he dado?* (*Prov. i, 25*). Temed que tanto desprecio de la gracia debilité este socorro de Dios; temed que este socorro se os escape, á medida que crece vuestra corrupcion, porque el abuso continuo de la gracia autoriza á Dios para negárnosla, sin que tenga otra cosa que decir para justificarse de la perdicion del pecador, que lo que dijo á Jerusalem: *¡Cuántas veces quise yo, y tú no has querido; mas ahora todas tus desdichas se esconden á tus ojos!* (*Luc. XIII, 34*).

## 3.

## SOBRE LA VIDA EN PECADO.

La juventud no es fiador seguro contra la muerte. Todos los dias veis ejemplos de lo contrario. Pero quiero que la muerte no os sorprenda; y pregunto ¿sobre qué os prometeis que la edad mudará vuestro corazon y os dispondrá á una vida nueva? Examinad lo que pasa todos los dias á vuestros ojos. Ved todas las almas que se han envejecido en el mundo: el amor del mundo no muere sino con ellas. Tienen el mismo gusto en el mundo y las mismas inclinaciones á los deleites. Pero cuando esta desgracia no fuese de temer, ¿el Señor no es el Dios de todos los tiempos y de todas las edades? ¿hay alguno de nuestros dias que no le pertenezca, y que nos haya concedido para el mundo y para la vanidad? ¿Por qué le rehusais las primicias de vuestro corazon? ¿por qué le quitais la mejor parte de vuestros años para consagrarla al demonio y á sus obras? ¿La vida es demasiado larga, para emplearla toda en servir á Dios que nos la ha dado y nos promete otra inmortal? ¿No le reservais mas que las sobras y los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida? Esto es como si le dijéseis: Señor, mientras yo pudiere gozar del mundo y de sus deleites, no espereis que me convierta á Vos ni os busque: mientras el mundo gustare de mí, no puedo resolverme á gustar de Vos. Cuando él comenzare á olvidarme, á dejarme; cuando ya no pueda gozar de él, entonces me volveré á Vos; os diré, aquí estoy: os pediré que acepteis un corazon que el mundo desecha: es seguro que quien os busca os encuentra siempre; para el mundo, despues de cierto tiempo, ya no es uno á propósito, y es menester

darse prisa á gozar de él antes que se nos escape. Tendriais vergüenza de hablar así con Dios; pero en realidad esto decís á Dios con vuestras obras.

Digo mas: cuando no mirárais sino al descanso de vuestra vida y á pasar unos dias felices y apacibles en el mundo, ¡qué dicha la de ahogar en su nacimiento tantas pasiones violentas que despedazan el corazon y causan todas las desgracias y amarguras de nuestra vida! Es bueno al hombre, dice un profeta, haber llevado el yugo desde su juventud. ¡Qué fortuna, preservarse de la funesta experiencia de tantos deleites criminales que corrompen el corazon para siempre, que manchan la imaginacion, que nos dejan mil imágenes vergonzosas é importunas, los cuales nos acompañan hasta en la virtud, sobreviven siempre á nuestros pecados, y que mientras nosotros perdemos las fuerzas, ellas se renuevan y fortalecen mas! ¡qué felicidad, estar hecho desde sus primeros años á los placeres inocentes y tranquilos, y tener acostumbrado el corazon á contentarse con ellos, y no haber contraido, como tantos, los hábitos de placeres violentos y criminales hasta el punto de no poder vivir sin ellos! ¡qué gracia y consuelo para todo el resto de la vida, haber pasado los primeros años en la honestidad y horror al vicio!

Mas en fin, prometeos cuanto quisiéreis una larga vida: lleguen enhorabuena vuestros dias mas allá de vuestras esperanzas; será preciso en fin seguir el camino que han seguido todos vuestros padres; últimamente, veréis llegar aquel día último... que será para vosotros el dia de

vuestra eternidad: dia que será dichoso, si morís en el Señor; pero infeliz, si morís en vuestro pecado. He dicho ya que el hombre muere como ha vivido, y que las conversiones en la muerte son muy sospechosas. Permitid que

llame vuestra consideracion al lecho de vuestra muerte.

¿Conoceis cuán terrible es para el pecador el espectáculo de esta última hora? Representaos un pecador que llega á este último momento, lleno de deseos, vacío de buenas obras, habiendo apenas conocido á Dios y no pudiendo ofrecerle mas que sus pecados. ¿Hay cosa mas horrible que la situacion de este infeliz? Á cualquier lado que vuelva su espiritu, todos los objetos no le ofrecen cosa que no le oprima, que no le desespere. ¿Qué ve en esta larga sucesion de dias que ha pasado sobre la tierra, sino trabajos inútiles, placeres que no han durado mas que un instante, penas que van á durar eternamente? Lee en el semblante de todos los que le rodean la terrible noticia de que todo se acabó para él. Os estremeceis de la suerte de este pecador, y seriais desgraciado si la experimentáreis. Sin embargo, esta es la suerte de la mayor parte de los que dilatan abandonar el pecado y dejan su conversion para el fin de su vida.

## 4.

## SOBRE LA MUERTE EN PECADO.

Contemplad bien, que si dilatais vuestra conversion para la muerte, moriréis en vuestro pecado; porque entonces no estaréis en estado de buscar á Jesucristo; pues ó el tiempo os faltará por una muerte repentina, ó si teneis tiempo, la afliccion de vuestros males no os lo permitirá, ó si os lo permite, vuestras antiguas pasiones os lo impedirán. ¿Quién os ha asegurado que la muerte vendrá poco á poco, y que no vendrá de repente sobre vos mismo, como sobre otros tantos de quienes teneis tan frecuentes ejemplos? ¡Qué! ¿Después de una vida disoluta, creáis que Dios os hará casto?

Los Libros santos nos dicen que el fin de los pecadores

será semejante á sus obras. (II Cor. XI, 15). ¿Habeis sido deshonesto? Así moriréis. ¿Habeis sido ambicioso? Moriréis sin que el amor del mundo y de sus vanos honores muera en vuestro corazon. ¿Habeis vivido en delicias? Moriréis libiamente y sin compuncion. ¿Habeis vivido irresoluto, formando sin cesar proyectos de conversion? Moriréis lleno de deseos, pero impenitente.

Hay mas: aun cuando buscáseis entonces á Jesucristo, no le encontraréis: *Me buscaréis, dice, y moriréis en vuestro pecado.* (Joan. VIII, 21). Porque ello es cierto que el Señor pone limites á su paciencia, de los cuales no excede jamás; cada gracia especial de que abusais puede ser la última de vuestra vida. Dios se cansa al fin: un solo pecado á veces consuma la reprobacion de un pecador. Es, pues, una extraña temeridad en vos prometeros la gracia de la conversion en la hora de la muerte; pues Dios no os la concederá jamás, porque tomáis de esta esperanza motivo para vuestros desórdenes. Dilatais vuestra conversion, porque creéis que tendréis bastante tiempo en la hora de la muerte; ¿y qué os lisonjeais que le agrada vuestro dolor? Os valeis de su misericordia para ultrajarle... ¡Oh! bien sabeis que esta temeridad sola os hace indigno de una gracia tan señalada: Dios es piadosísimo, pero es justo; y un Dios justo tendrá ciertas razones contra vos, que no tendrá contra otras almas impenitentes.

Añado todavía otra reflexion: nadie hay que en el curso de su vida no forme mil veces la resolucion de mudarla, y de estos son muy pocos los que no mueren antes de haberlo ejecutado; de esta suerte habeis visto morir muchos de vuestros parientes y amigos. Dios desecha la penitencia de un moribundo, porque es falsa: es falsa, porque no es libre; es mas bien efecto de la dura necesidad á que se ve reducido, que verdadero arrepenti-

miento: es falsa, porque el dolor de este pecador no es mas que un temor natural que le inspira el horror de la muerte. Llora; pero son lágrimas que tributa á sus desdichas y no á sus pecados: detesta sus descaminos, pero no porque siente la injuria que han hecho á Dios, sino porque siente los males á donde van á precipitarle; ese solo es el objeto de su dolor.

¿Qué se debe inferir de estas verdades? Que dilatando su conversion hasta la muerte, se busca á Jesucristo y no se le encuentra. Dios nos declara en sus Escrituras, que se reirá entonces de los clamores de los pecadores: *Ego quoque in interitu vestro ridebo*; llamaréis, y desde el trono de su justicia insultará vuestras lágrimas: *et subsannabo.* (Prov. I, 26). Os heriréis el pecho, pero vuestro corazon no se ablandará: le prometeréis mas fidelidad si os alarga vuestros dias, y mirará vuestras promesas con desprecio, porque verá en la corrupcion de vuestro corazon, que prolongando vuestros dias, iriais continuando vuestros pecados. ¿Qué consecuencia debéis sacar de estas verdades? Que es menester hacer penitencia mientras Dios nos da tiempo para ello, y que en la hora de la muerte no estaréis en estado de buscarle, y aun cuando le buscáseis, no le encontraréis, y así moriréis en vuestro pecado.

## 5.

## SOBRE LA INCERTIDUMBRE DEL TIEMPO DE LA MUERTE.

Uno de los mayores motivos que os obligarán á convertirlos, es pensar en la incertidumbre del tiempo en que moriréis; porque estamos todos inciertos de la duracion de nuestros dias. Esta incertidumbre debe haceros vigilante. ¿Una desgracia que puede suceder cada

hora es para despreciarse? ¡Qué! porque Dios puede pedirnos vuestra alma cada instante, ¿debeis poseerla en paz como si estuviéseis seguro de no haber de entregarla? ¿Cómo será posible que esta muerte que ha de sorprendernos, que ha de venir cuando menos lo pensáremos, como ha declarado Jesucristo, nos permita vivir tranquilos, conservando todas nuestras pasiones, todos nuestros apegos criminales, toda nuestra solicitud por el mundo y por los deleites? Notad que esta desgracia de ser sorprendidos por la muerte, no es uno de aquellos accidentes raros y únicos, que no acontecen sino á muy pocas personas: es una desgracia comun; no hay dia que no veais ejemplos de ello. Cási todos los hombres son sorprendidos de la muerte, cuando la creian todavía léjos; así han muerto vuestros parientes y amigos, todos os han dejado admirado de la prontitud de su muerte: habeis buscado para ello excusas en la gravedad del mal, en la ignorancia del arte; pero la mejor y la única es, que el dia del Señor nos sorprende siempre. Poneos en la situacion que quisiéreis, no hay momento que no pueda ser para vosotros el último punto de una enfermedad que pueda conducir de repente á la muerte. Convenís en ello; pero esta confesion no os obliga jamás á poner vuestra conciencia en buen estado; pues lo que aquí hay de terrible es, que además de ser incierto si vuestra muerte está cerca, lo es tambien si moriréis en el Señor ó en el pecado; esto es, que ignorais lo que seréis en la otra vida, si feliz ó infeliz eternamente. Estais entre estas dos eternidades; y en esta incertidumbre ¿cómo podréis estar tranquilo? ¿Y cómo podréis justificar este olvido profundo é incomprensible en que vivís de este último dia? ¿Os asegurais sobre la juventud que parece prometeros una larga vida? Pero qué, ¿la muerte respeta edades? ¿No veis frecuentemente morir á los jóvenes? ¿Con-

fiais en la robustez del temperamento? Pero ¿en qué consiste que la salud mas robusta es una chispa que un soplo apaga? No os lisonjeeis sobre este punto, pues no podeis conocer todos los principios de destruccion que llevais en vuestro cuerpo. ¡Ah! hermano mio; lo que ha de tener fin ¿puede pareceros largo? Volved la vista atrás: ¿dónde están vuestros primeros años? ¿qué impresion dejan en vuestra memoria? Como un sueño de la noche. Mirad todo lo que os resta de ellos. Los años parecen largos cuando están léjos de nosotros; cuando llegan se nos escapan en un momento, y así nos hallaremos muy pronto en el término fatal que nos parecia tan distante. ¿Qué consecuencias debeis sacar de la incertidumbre de la muerte? 1.<sup>a</sup> Que es una locura apeгarse á lo que ha de pasar en un instante, y perder por esto el único bien que siempre dura. 2.<sup>a</sup> Que, pues podeis morir cada dia, no debeis emprender accion alguna en la cual no quisiérais ser sorprendido, y hacerlas todas como si debiéseis luego ir á dar cuenta de ellas. 3.<sup>a</sup> Que, pues no podeis prometeros un solo dia, no debeis dilatar el convertiros y hacer penitencia. Si hubiéseis imprudentemente tragado un veneno mortal, ¿dilatariais por mucho tiempo el remedio? La muerte que llevariais en el pecho, ¿os permitiria dilaciones y tardanzas? Este es vuestro estado. Llevais la muerte en vuestra alma, pues llevais en ella el pecado; daos prisa á remediarla, la bondad de Dios os da tiempo para ello, podeis emplearle útilmente; no es este tal vez mas que un pequeño número de años y aun puede ser un corto número de dias. Cási todos los que mueren diariamente á vuestros ojos dejan pasar este tiempo precioso, y mueren sin haber usado de él. Si imitais su descuido, esperad la misma sorpresa; moriréis como ellos antes de haber comenzado á vivir mejor: moriréis en vuestro pecado.

## 6.

## SOBRE EL RETARDAR LA CONFESION.

*Exhortaciones á las personas del mundo que no van á confesarse mas que una vez al año, y quieren cumplir con la Iglesia, cuando el estado de su conciencia no permite al confesor absolvelas.*

Venís en fin, despues de un año empleado en deleites y en disolucion, á presentaros al tribunal de la penitencia, creyendo que con esto teneis derecho de acercaros á la sagrada mesa. Pero ¿es posible que no halleis motivos para temer que vais á profanar los sagrados misterios que quereis recibir? ¿Habeis pensado en las disposiciones necesarias para una comunión santa? El Apóstol quiere que el hombre se pruebe á sí mismo antes de comer este pan de vida; y esta prueba consiste en saber si estais verdaderamente convertido. Por tanto, si no habeis recobrado por un sincero arrepentimiento la gracia de la santidad y de la justicia que perdisteis por vuestros delitos, si estais todavía muertos por el pecado, la mesa de Jesucristo os está prohibida; porque siendo pan de vida, es necesario estar vivo á los ojos de Dios para comer de él. Mas permitid que os pregunte: Venís á depositar vuestros pecados en el sagrado tribunal; pero ¿traeis á él una compuncion, un dolor vivo de haber ofendido á Dios, un deseo sincero de reparar los extravíos pasados? ¿traeis miras, proyectos, resoluciones reales y efectivas de una nueva vida? ¿habeis tomado de veras las medidas para comenzarla? ¿ordenais con anticipacion en vuestro espíritu vuestras obligaciones, vuestras ocupaciones, vuestras correspondencias y el arreglo de vuestras costumbres hasta aquí tan desordenadas? Estos cuidados ocupan al alma, cuando piensa

sériamente en una sincera conversion. Pero veo que habeis prolongado vuestros pecados hasta el dia de vuestra confesion; apenas habeis puesto entre ellas y vuestros desórdenes el intervalo de un ligero exámen. Veo que todos los años habeis confesado vuestros pecados, habeis engañado á un ministro demasiado crédulo ó demasiado débil, y al apartaros del altar, al acabarse la solemnidad pasada, habeis vuelto á los caminos antiguos, no habeis tenido mas precaucion que antes contra los peligros ya experimentados: los tratos han vuelto á comenzar, las amistades se han renovado, las pasiones se han despertado; ya sois otra vez el mismo. Si yo tuviese la misma indulgencia que vuestros confesores antecedentes, estoy viendo que ahora sucederia lo mismo que los demás años. Y con todo esto ¿os creéis digno de participar de la carne del Cordero sin mancha? Os engañais, amado hermano mio: os tragaríais, si comiéseis de ella, vuestra condenacion. Estas vueltas prontas y siempre ciertas al primer vómito; este curso de pasiones y de pecados que no se ha interrumpido mas que por el corto número de dias que ha durado esta solemnidad y la participacion de la mesa del Señor; esta mezcla monstruosa de santo y de profano, ¿qué estado, qué disposiciones para llegar á los sagrados misterios!

Confesarse simplemente, no es probarse, no es esta la prueba de conversion que la Iglesia pide á los que viven en unas costumbres criminales: mi conciencia me obliga á tomarme tiempo para examinar si estas costumbres están corregidas, si este paso de penitencia será en vos mas feliz que los anteriores hasta aquí inútiles, si vuestras promesas serán mas sinceras, si no volveréis mañana de nuevo á vuestros primeros caminos. Tened, pues, á bien que os exija pruebas de la sinceridad de vuestras protestas, antes de exponer la gracia del Sa-



cramento; estas pruebas son el retiro de las ocasiones, un divorcio entero de los objetos de vuestras pasiones, una cesacion del pecado y aun algun principio de expiacion de vuestras culpas: porque la comunion para un pecador grande debe ser el fruto y precio de la penitencia, debe coronar y recompensar sus lágrimas, y no suceder á sus pecados. Esta es la regla de la Iglesia, esta es la doctrina de los Santos.

Pero diréis: la ley de la Iglesia urge, ella manda que se cumpla la obligacion pascual. Pero ¿creeis de buena fe, hermano mio, que la Iglesia tiene vuestras comuniones indignas por cumplimiento de esta obligacion? ¿creeis que se satisface á sus leyes santas con sacrilegios? Ella os manda participar de los santos misterios en estos dias solemnes, porque supone que os acercais á ellos con una conciencia pura y disposiciones dignas de este Sacramento adorable; pero os ordena al mismo tiempo que lo dilateis, si no estais dispuesto; consiente en que sus ministros os señalen otro tiempo que el suyo, un tiempo despues del cual puedan tener pruebas ciertas de vuestra conversion. ¡Ah! amado hermano mio, vuestra Pascua verdadera será el dia en que comulgáreis dignamente, el dia feliz en que Jesucristo entrare en vuestro corazon como libertador y no como juez. Vuestra Pascua verdadera será el gran dia en que os convirtais al Señor, en que vengais á ser un ázimo puro, y en que paseis de la muerte del pecado á la vida de la gracia.

## 7.

## SOBRE EL MISMO ASUNTO.

*Advertencias á los pecadores de costumbre, que pretenden que se les debe permitir cumplir con la Iglesia.*

Sabed y comprended, que los pecadores que aguardan el dia de Pascua para confesar sus grandes iniquidades,

á menos de un milagro en el orden de la gracia, comulgan indignamente. ¿Por qué? Porque los pecadores, los mundanos no piensan realmente en convertirse, y no pueden en el curso ordinario de las operaciones de Dios estar en estado de gracia santificante, como se debe estar para comulgar dignamente. San Agustin dice, que para ser reconciliado y admitido á la comunion, es necesario estar convertido. San Ambrosio dice, que para comer el pan de vida, es menester haber mudado de vida. San Crisóstomo, que para sentarse á la mesa del Señor es necesario ser verdadero discípulo del Señor. Todo esto significa que para comulgar es necesario estar en estado de gracia santificante, y por consiguiente seriamente convertido. Pero ¿podeis decir que estais verdaderamente convertido? Aun no habeis comenzado, habeis llevado una vida del todo contraria al Evangelio, habeis continuado vuestros tratos criminales, vuestros discursos libres, vuestras miradas frecuentes, vuestras perpétuas murmuraciones; no habeis interrumpido la frecuentacion de los espectáculos, venis á confesar la vida que habeis tenido hasta ayer, y que tendréis todavía mañana, acabais de confesar pecados todos recientes, pues no podeis llevar á la mesa del Señor sino un corazon humeando todavía de vuestras pasiones, y exhalando hedor y corrupcion. Y nosotros, como si hubiésemos mudado de vida, ¿os concederémos el pan de vida, os enviaremos á la mesa del Señor? ¿dónde estaria nuestra religion? ¿y dónde está la vuestra, cuando exigis de nosotros esta gracia? Permitid, en fin, que pues no debemos admitiros á la mesa del Señor, sino precediendo una sincera conversion, os pidamos esta prueba. Porque ¿podeis decir que estais convertido? ¿Dónde está el rompimiento que habeis hecho con el mundo? ¿Qué mudanza se percibe en vuestro semblante y en vuestros pa-

sos? ¿qué vanidad habeis sacrificado? ¿qué placer habeis cercenado? ¿qué nuevo método habeis tomado para vuestra vida, y qué distribucion habeis hecho de vuestro tiempo? ¿Dónde están las lágrimas del corazon, y el espíritu de oracion que acompaña la gracia de la conversion? ¿dónde están vuestras lágrimas? ¿y dónde el sacrificio de justicia respecto del prójimo á quien habeis ofendido? Pero ¡ah! yo veo que todas las pruebas de vuestra conversion se reducen á la mera relacion de vuestros pecados, á algunas frias protestas de dolor de vuestra vida pasada, á algunos propósitos vagos de vivir mejor en adelante. Hacedos justicia: ¿estais movido y resuelto á cumplir estas promesas? ¿creeis vos mismo que las seguiréis? ¡Oh dolor! exclama san Bernardo, el tiempo de la resurreccion del Salvador es el tiempo de las bellas promesas y de la suspension de los pecados, y los primeros dias despues de Pascua es el tiempo de violar todo lo que se ha prometido y de volver á todo lo que se ha hecho antes.

¡Ah, amado hermano mio! Si pretendeis hacer un acto de religion comulgando en la Pascua, y no cumplir de ceremonia con el precepto; si pretendeis de veras hacer un acto de que depende vuestra salvacion eterna; si amais vuestra alma, tomaos tiempo para curarla y prepararla; nosotros queremos tomarnos el trabajo, tomad vosotros el tiempo. Comprended lo que es una comunion indigna; todos los Santos nos dicen que es el mas grave de los pecados: *Omnium peccatorum gravissimum*. Jesucristo es ofendido en ella, no solo en sus dones y en sus gracias, sino en su misma persona. Todos los ultrajes cometidos contra su persona en su pasion son aquí renovados; la perfidia de Judas, la hipocresia de Caifás, la flaqueza de Pilatos, los insultos de los judíos, la crueldad de los verdugos. El Espiritu Santo nos declara por

boca de san Pablo, que los pecadores crucifican de nuevo á Jesucristo. Los santos Padres dicen ser el pecado de los cristianos todavia mas grande. Los judíos crucificaron á Jesucristo sin conocerle, y el que comulga indignamente le crucifica conociéndole. Los Judíos crucificaron á Jesucristo en su vida pasible y mortal, el que comulga indignamente le crucifica en el estado de su gloria y de su vida inmortal. ¿No os horroriza, amado hermano mio, una abominacion semejante? Poned en práctica el precepto del Apóstol, que todo hombre se pruebe á sí mismo antes de comer este pan, no sea que recibiendo indignamente, coma y beba su condenacion. Volveos, pues, de este tribunal, no quejoso de nosotros que os decimos la verdad, sino enojado contra vos mismo por haber ofendido tan gravemente á Dios. Volveos detestando vuestra vida mundana, llorando vuestros pecados, y únicamente afligido de veros por ellos privado del alimento de los santos, y tratado en la Pascua como aquellos á quienes se decia antiguamente en la iglesia: Fuera de aquí, almas manchadas con impurezas y otros delitos; las cosas santas son para los santos.

## 8.

## SOBRE LOS PECADORES QUE MANIFIESTAN QUERER CONVERTIRSE.

Si quereis sinceramente convertirlos, es menester persuadiros que la señal de una verdadera conversion es aborrecer el pecado. Un alma convertida aborrece el pecado, porque con él ha ofendido á un Dios santo, á un Dios justo, á un Dios sobre todo amable, á quien todos deben obedecer y servir: aborrece el pecado mas que todo

lo que hay de aborrecible en el mundo, mas que todos los malos tratamientos que se pueden sufrir por resistir al pecado, mas que la pérdida de los bienes, mas que una muerte vergonzosa y cruel. Su pecado la ocupa dia y noche: su pecado la atormenta. Ella ha dejado el pecado, pero teme incurrir en él de nuevo en tantas ocasiones y peligros imperceptibles: su pecado con todas sus circunstancias es una carga pesada sobre su cabeza, que le hace clamar á Dios de lo íntimo de su corazon: Desde la mañana, esto es desde el principio de mi conversion, me presentaré, Señor, delante de Vos, y veré que sois un Dios que no puede sufrir la iniquidad: en vuestra presencia, mi Dios, he pecado, con tanto conocimiento, con tan perversa voluntad, con tanta desvergüenza, con tanto descaro, despues de tantas gracias, y teniendo tantas razones para no comerle.

¿Quereis saber si estais verdaderamente convertido? preguntaos á vos mismo: ved si vuestro pecado está siempre delante de vuestros ojos, como estaba á los de David; si la memoria de vuestro pecado os inquieta. ¿Quereis saber si le aborreceis? ved si os hace retirar de las diversiones del siglo, si detestais sus efectos, si huís de vuestros cómplices, si habeis sacrificado hasta sus menores reliquias: ved si estais pronto, como David, á recibir todas las plagas que la mano de Dios quisiere descargar sobre vos por vuestro pecado: ved si hablais de él con compuncion y con humildad, ó si ocultando vuestra confusion dentro de vos mismo, no hablais de él sino para quejaros de la conducta rigurosa de Dios sobre vosotros: ved si este pecado os hace insípidos los pasatiempos del siglo; si os retira del comercio de los hombres, para gemir y llorar en secreto; si trabajais en redimirle con limosnas: ved si os ejercitais en las virtudes contrarias á vuestros vicios; si huís con gran cuidado

todas las ocasiones; si no os exponeis voluntariamente á ellas; si os afligís todos los dias por los pecados de vuestra vida. De esta suerte aborrecia David su pecado.

En fin, para saber si aborreceis verdaderamente vuestro pecado, es menester preguntar á vuestro corazon y examinar vuestras obras, para conocer, en cuanto es posible, si amais á Dios; porque la verdadera penitencia, el aborrecimiento del pecado y el amor de Dios no se separan. No se vuelve á Dios de veras sino por un amor á lo menos incipiente. Este amor se enciende á medida que se conoce mas la voluntad de Dios. ¡Qué bello modelo para esto el que Jesucristo mismo nos propone en la parábola del hijo pródigo! Esta imágen, bajo la cual Dios se manifiesta, al mismo tiempo que excita en el alma que se convierte á él afectos de amor, no nos deja duda de que es necesario este amor para la conversion. Aunque hayais pecado, sois de Dios, no como un mercenario, sino como uno de sus hijos: temed perder segunda vez á Dios; porque temer así, es amar. Quien ama á Dios en su conversion, no tiene por penosos los trabajos de la penitencia ni la privacion de los deleites: llora de voluntad sus pecados, y estas lágrimas son mas dulces para él que le fueron jamás las locas alegrías del mundo: amad á Dios, amado hermano mio, de todo vuestro corazon, y acordaos de estas palabras de Jesucristo, hablando de la Magdalena: *Muchos pecados se la han perdonado, porque ha amado mucho.*

## 9.

## SOBRE LA CONFIANZA EN LA MISERICORDIA DE DIOS.

No debeis desalentaros ni perder la confianza, por mas que sean muchos vuestros pecados: esta es muchas ve-